El cante jondo en la Obra de García Lorca

por Juan de la Plata

El Cante Jondo extiende siempre sus alas de noche estrellada, sobre la poesía y la prosa de Federico García Lorca. Es como un águila inquietante y soñolienta, que llevase en sus garras un alfiler de oro para ir punzando en las sienes del poeta. Federico, tal vez cantara sus propios versos a son de seguiriyas. Aunque la soleá fuera un cante más vivo en la fosa común de su corazón repartido. Para él, hombre sin tiempo, sin mañana ni tarde, el Cante Jondo se vislumbraba en la sombra «como un formidable arquero azul cuya aljaba no se agota jamás.» Inagotable aljaba, también, la suya de viento con flechas de luna amarga.

La quilla de la luna
rompe nubes moradas
y las aljabas
se llenan de rocío.

Por la puerta de Federico García Lorca pasa el entierro de la Petenera. Un entierro sin niñas buenas, con cien jinetes muertos sobre sus cien jacas de pena. Manuel Torre, borracho y con la garganta negra acude a consolar al poeta, con Silverio y Juan Breva, casi miel y casi llanto, naranja exprimida y arena. Es el lamento de la muerte, al conjuro de la malagueña. Memento

Cuando yo me muera,
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

García Lorca no pulsó la vieja lira de los antiguos poetas. Estrechó entre sus brazos las curvas morenas de la guitarra mora, a la que tanto amaba, con sus delirios de Polifemo.

¿Era un poeta flamenco? No. Era un andaluz íntegro, lleno de armonías y antiguos ecos. «¡Qué voz tan pura y tan poética!». El lo sabía. Sólo él. En el «Poema del Cante Jondo» no existen flamenquerías tópicas. No hay canto alegre. Ni borracheras de señoritos. Es la Andalucía del llanto la que pasa descalza por sus versos.

Agua clara
y olivos centenarios.

Hora es ya de proclamar que el Cante Jondo no conoció jamás un defensor tan apasionado. Un paladín tan inteligente, ni tan desinteresado. En su conferencia-prólogo al concurso de 1922, él fué quien supo dar mejor que nadie «el grito defensivo para cantos tan puros y verdaderos.» Con celo de enamorado, dijo: «Es, pues, señores, el Cante Jondo tanto por la melodía como por los poemas una de las creaciones artísticas populares más fuertes del mundo y en vuestras manos está el conservarlo y significarlo para honra de Andalucía y sus gentes.» Su mensaje, lleno de patetismo, hizo meditar bajo la noche de Granada la trascendencia patriótica de sus palabras finales: «...les suplico respetuosamente que no dejen morir las apreciables joyas vivas de la raza, el inmenso tesoro milenario que cubre la superficie espiritual de Andalucía...»

Y en 1931, al hablar de la «Arquitectura del Cante Jondo», su voz era de nuevo la voz de un abogado defensor al declarar con tonos firmes: «El Cante Jondo se acerca al trino del pájaro...; es simple a fuerza de vejez y de estilización. Es, pues, un rarísimo ejemplar de canto primitivo, el más viejo de toda Europa...» Y por sus venas, por las venas de Federico, una sangre antigua traía y llevaba el ¡ay! moribundo de una copla lejana. *Lejana y sola.*

En la poesía, en la obra toda de este granadino como no hubo dos, de este gran andaluz a carta cabal, existe siempre un gallo de plumaje empavonado que canta y canta con voz de aurora una copla desgarrada y sincera, maravillosa y única. Habría que estudiar a fondo todo lo que escribió. Habría que haberle conocido. Habría que ir adivinando lo que nunca pudo escribir, para saber hasta qué honda y oscura raíz le florecía en el pecho y en la garganta, cuando Granada, el Darro, el Guadalquivir, Jerez y Sevilla, Andalucía la alta y la baja, se le despertaban en la palabra y en el corazón.



* Publicado en la revista "Papeles Universitarios" de la Universidad de Granada, en mayo del año 1961.

Juan de la Plata

El cante jondo en la Obra de García Lorca

por Juan de la Plata

El Cante Jondo extiende siempre sus alas de noche estrellada, sobre la poesía y la prosa de Federico García Lorca. Es como un águila inquietante y soñolienta, que llevase en sus garras un alfiler de oro para ir punzando en las sienes del poeta. Federico, tal vez cantara sus propios versos a son de seguiriyas. Aunque la soleá fuera un cante más vivo en la fosa común de su corazón repartido. Para él, hombre sin tiempo, sin mañana ni tarde, el Cante Jondo se vislumbraba en la sombra «como un formidable arquero azul cuya aljaba no se agota jamás.» Inagotable aljaba, también, la suya de viento con flechas de luna amarga.

La quilla de la luna
rompe nubes moradas
y las aljabas
se llenan de rocío.

Por la puerta de Federico García Lorca pasa el entierro de la Petenera. Un entierro sin niñas buenas, con cien jinetes muertos sobre sus cien jacas de pena. Manuel Torre, borracho y con la garganta negra acude a consolar al poeta, con Silverio y Juan Breva, casi miel y casi llanto, naranja exprimida y arena. Es el lamento de la muerte, al conjuro de la malagueña. Memento

Cuando yo me muera,
enterradme con mi guitarra
bajo la arena.

García Lorca no pulsó la vieja lira de los antiguos poetas. Estrechó entre sus brazos las curvas morenas de la guitarra mora, a la que tanto amaba, con sus delirios de Polifemo.

¿Era un poeta flamenco? No. Era un andaluz íntegro, lleno de armonías y antiguos ecos. «¡Qué voz tan pura y tan poética!». El lo sabía. Sólo él. En el «Poema del Cante Jondo» no existen flamenquerías tópicas. No hay canto alegre. Ni borracheras de señoritos. Es la Andalucía del llanto la que pasa descalza por sus versos.

Agua clara
y olivos centenarios.

Hora es ya de proclamar que el Cante Jondo no conoció jamás un defensor tan apasionado. Un paladín tan inteligente, ni tan desinteresado. En su conferencia-prólogo al concurso de 1922, él fué quien supo dar mejor que nadie «el grito defensivo para cantos tan puros y verdaderos.» Con celo de enamorado, dijo: «Es, pues, señores, el Cante Jondo tanto por la melodía como por los poemas una de las creaciones artísticas populares más fuertes del mundo y en vuestras manos está el conservarlo y significarlo para honra de Andalucía y sus gentes.» Su mensaje, lleno de patetismo, hizo meditar bajo la noche de Granada la trascendencia patriótica de sus palabras finales: «...les suplico respetuosamente que no dejen morir las apreciables joyas vivas de la raza, el inmenso tesoro milenario que cubre la superficie espiritual de Andalucía...»

Y en 1931, al hablar de la «Arquitectura del Cante Jondo», su voz era de nuevo la voz de un abogado defensor al declarar con tonos firmes: «El Cante Jondo se acerca al trino del pájaro...; es simple a fuerza de vejez y de estilización. Es, pues, un rarísimo ejemplar de canto primitivo, el más viejo de toda Europa...» Y por sus venas, por las venas de Federico, una sangre antigua traía y llevaba el ¡ay! moribundo de una copla lejana. *Lejana y sola.*

En la poesía, en la obra toda de este granadino como no hubo dos, de este gran andaluz a carta cabal, existe siempre un gallo de plumaje empavonado que canta y canta con voz de aurora una copla desgarrada y sincera, maravillosa y única. Habría que estudiar a fondo todo lo que escribió. Habría que haberle conocido. Habría que ir adivinando lo que nunca pudo escribir, para saber hasta qué honda y oscura raíz le florecía en el pecho y en la garganta, cuando Granada, el Darro, el Guadalquivir, Jerez y Sevilla, Andalucía la alta y la baja, se le despertaban en la palabra y en el corazón.



* Publicado en la revista "Papeles Universitarios" de la Universidad de Granada, en mayo del año 1961.

Juan de la Plata